

Los fantasmas de la biblioteca

Thalía Cedeño Farfán*

A pesar de las lluvias y el intenso frío, el día que dispusieron que trabajara en la Biblioteca llegué entusiasta. El sol alumbraba intensamente mi interior. Para quien gusta de libros es grato estar entre ellos, verlos, tocarlos, escudriñarlos un poco. Recordé a Borges como Director de la Biblioteca en Buenos Aires. Al poeta Arturo Corcuera en la Biblioteca Nacional de Lima, metido en una oficinita sencilla, equipada con máquina de escribir vieja, casi perdido detrás de un escritorio antiguo. La biblioteca de la Cancillería es pequeña aún, se respira a tinta en las bóvedas. Libros antiguos, nuevos, se hallan en perfecta formación –igual que soldados- vista al frente, en espera de que alguien los solicite. De cuando en cuando la gente nuestra viene a ver las novedades. Los extraños acuden para realizar consultas especializadas, muy especializadas, casi como el Servicio Exterior, pero, también hay novísimos títulos de narrativa contemporánea, de esos que no son necesarios a la agenda internacional del país y sin

embargo ayudarían a escribir mejor o a mantener una agradable y fluida conversación en la vida cotidiana o con los colegas.

Cierta vez en que a un joven que recién ingresaba a la Cancillería y que había estudiado en el exterior le aconsejé que leyera a buenos autores para mejorar su redacción, me respondió que de nada servía la Literatura a la Cancillería. Seguramente, pensé, pero antes de entregar sus borradores al Director, había que revisárselos, lo cual es normal al comenzar la carrera. Lo que no resultó tan normal fue que no ingresara al Servicio Exterior sino al cuarto intento. Por supuesto, después de pasar por la Escuela de Ciencias Internacionales y obtener el aval del diploma. En fin, la profesión está llena de anécdotas de jóvenes y mayores que llegan a conocer la alquimia de todas las fórmulas elegantes de la buena expresión en la diplomacia. “El resto es tillos” –decía un Embajador- Nosotros abríamos los ojos incrédulos.

* Comunicadora Social, Poeta, Canciller del Servicio Externo, MRE.

Pasear entre los libros es un aliciente, un levantar la cabeza y sentirse entre los sabios de Grecia y del mismísimo mundo en un bis a bis contemplativo.

Alberto Revelo cree que hay un fantasma que alborota los libros en las noches. Tal vez un fallecido ex canciller que intenta consultar desde ultratumba alguna fórmula de solución a los problemas internacionales del país.

Pablo Núñez está convencido, se trata de Homero Viteri Lafronte, su ilustre paisano.

Luis Altamirano murmura, no es posible, le juro, mi silla la encontré al día siguiente por los suelos, algunos libros por el piso y yo mismo he cerrado las puertas y dejado en orden todo, inclusive puesta la alarma. ¿Fantasmas o fantasías?

Los muchachos de la limpieza sienten un viento helado cuando recorren los pasillos de las estanterías. No tienen ninguna duda. Hay fantasmas que consultan esos libros. Limpian los polvos rápidamente y se alejan. Luis les recomienda que tengan cuidado porque pueden enojarse si involuntariamente los libros se acurrucan en los cubos de la basura.

Otros personajes se ocupan de la humedad, de la temperatura, de las goteras; y así van dejando las

huellas de sus pasos que se suman a las de los fantasmas que, noche a noche, transitan por la bóveda de la Biblioteca. Fantasmas cultos, cultísimos, mueven libros, renuevan las páginas, a falta de vivos que lean trasnochados y ausentes, hasta perderse, como aquel traspapelado compañero que, al igual que don Quijote, decidió ser escritor y poeta, y abandonó el barco para luego sentarse en el café Encuentros que queda en una esquina de la calle Páez. Algunas veces, en las tardes, hace lustrar sus zapatos en la vereda, justo frente a la biblioteca y, para no perder la costumbre, extrae de una bolsa de papel uno de los tantos libros que porta para continuar su lectura. Distraerse en banalidades no es digno de su jerarquía trapense, peor encerrarse en un cubículo de oficina y morirse encogido de tristeza y frío al igual que un güirachuro abandonado.

Llego hoy, jueves de abril de 2008, luego de fastidiarme por el intenso tráfico, y me espera Luis Altamirano con la misma de siempre. Otra vez el fantasma ha hecho de la suyas. ¡Véalo, una vez más ha tirado el sillón al suelo, hay un libro en el piso! Efectivamente, el libro yace en el piso. Alguien ha entrado –digo– sí, ¿querrán robar? ¿lo han intentado? ¡imposible –argumenta para eso está la alarma a toda prueba! Las alarmas en este tiempo son simples juguetes para los amigos de

lo ajeno. Me atrevo a pensar que, como en todas las oficinas, cuando no están los gatos, los ratones se pasean ¿pero dónde están las cacas, las migajas de papeles?

Los fantasmas se ríen a carcajadas y terminamos por convencerlos: los que murieron y donaron sus libros a la Cancillería vienen en las noches, revisan sus libros, escriben sus páginas...